

Luces Que Obscurecen

Desde el tiempo de la creación de Adán hasta nuestros días ha habido dos senderos en el mundo de la humanidad; uno, el material o positivista, el otro, el religioso o espiritual. El sendero de la naturaleza, es el sendero del reino animal. El animal actúa de acuerdo con las exigencias de la naturaleza y sigue sus propios instintos y deseos. No importa cuales sean sus impulsos y proclividades, está en libertad de satisfacerlas; sin embargo él es siempre un cautivo de la naturaleza. No puede desviarse en forma alguna del camino que ella misma ha establecido. Está totalmente desprovisto de susceptibilidades espirituales, ignorante de la divina Religión y sin el conocimiento del Reino de Dios. El animal no posee el privilegio de pensar ni de una inteligencia consciente; es un cautivo de los sentidos y no puede alcanzar aquello que se encuentra más allá de él. Está sujeto a lo que el ojo ve, el oído escucha, el olfato percibe, el gusto siente y el tacto revela. Estas sensaciones son captadas y resultan suficientes para el animal. Pero lo que está más allá del alcance de los sentidos, de la órbita de los fenómenos a través de los cuales, la conciencia conduce al Reino de Dios, al mundo de susceptibilidades espirituales y divina Religión, de estas delicadezas, el animal permanece completamente ajeno por ser, en su más alto grado, un cautivo de la naturaleza.

Una de las cosas más raras que podemos atestiguar es que los materialistas de nuestros días se sienten orgullosos de sus institutos naturales y de su esclavitud. Ellos declaran que ninguna cosa tiene derecho a ser creída o aceptada, exceptuando aquello que puede percibirse o tocarse. Por sus propias declaraciones se hacen cautivos de la naturaleza, inconscientes del mundo espiritual por estar poco informados del Reino Divino y ser desconocedores de los Dones celestiales. Si esto fuera una virtud, el animal la habría alcanzado en grado superlativo, porque el animal es absolutamente ignorante del Reino del Espíritu y se halla fuera del contacto con el mundo interior de las realizaciones conscientes. El animal estaría de acuerdo con el materialista en negar todo lo que sobrepasa los sentidos. Si admitimos que es una virtud el estar limitado al plano de los sentidos, el animal es efectivamente más virtuoso que el hombre, porque está completamente despojado de lo que existe en el más allá, absolutamente abstraído del Reinado de Dios y de Sus signos, siendo así que Dios ha depositado dentro de la criatura humana un poder ilimitado con el cual puede dominar el mundo de la naturaleza.

Considerad como todos los otros fenómenos de la existencia y los mismos seres son cautivos de la naturaleza. El sol, el colosal centro de nuestro sistema solar, las gigantescas estrellas y planetas, las altivas montañas, la tierra misma y sus reinos de vida inferiores al hombre, todos son cautivos de la naturaleza exceptuando a éste. Ninguna otra cosa creada puede desviarse en lo más mínimo de obedecer las leyes naturales. El sol, en su gloria y alejado millones de millas, es un prisionero en su órbita de revolución y cautivo del control natural universal. El hombre es el dominador de la naturaleza. De acuerdo a leyes naturales y limitaciones él debería permanecer en la tierra, pero observad cómo viola este mandato y vuela sobre las montañas en aeroplanos. Como navega en buques sobre la superficie de los océanos y se sumerge en submarinos en sus oscuras profundidades. El hombre maneja la naturaleza a su albedrío; domina la poderosa energía eléctrica, encerrándola en una diminuta lámpara para su uso y sus conveniencias. Habla de un punto cardinal al otro por medio de un alambre. Puede guardar y conservar su voz en el disco de un fonógrafo. A pesar de ser un morador de la tierra, penetra los misterios del mundo sideral a distancias inconcebibles. Descubre las realidades que palpitan en el seno de la tierra, conoce y extrae sus tesoros, penetra en los secretos y misterios que conforman el mundo de los fenómenos y trae a la luz aquello que acorde a celosas leyes naturales, debiera permanecer oculto, desconocido e insondable. Por imperio de su poder interior – su gran fuerza espiritual – el hombre ha logrado traer esas realidades del misterio de lo invisible al plano de lo visible. Esto es contrario a las leyes de la naturaleza.

Es evidente, por lo tanto, que el hombre es el que gobierna en la esfera de la Naturaleza. Ésta es inerte, el hombre progresivo. La Naturaleza no tiene conciencia, el hombre está dotado de ella. La Naturaleza carece de volición, actúa por fuerza, mientras que el hombre posee una poderosa voluntad. La Naturaleza es incapaz de descubrir los misterios o realidades pero el hombre está especialmente dotado para hacerlo. La Naturaleza no está en contacto con el Reino Divino, el hombre está en armonía con sus evidencias. La Naturaleza no está informada de Dios, el hombre está consciente de Él. El hombre adquiere virtudes divinas, lo que se ha negado a la Naturaleza. El hombre puede voluntariamente, cesar en sus vicios, la Naturaleza no tiene poder para modificar la influencia de su fatalismo. Por ello, es evidente que el hombre es más noble y superior; que en él hay un poder ideal que sobrepasa a la Naturaleza. Él tiene conciencia, voluntad, memoria, poder de inteligencia, atributos divinos y virtudes de las cuales está la Naturaleza completamente desprovista, despojada, carente. Esto demuestra que el hombre es el ser superior

ennoblecido en razón de su potencialidad ideal y por el Poder divino que late en él proclamando su superioridad.

¡Cuán extraño parece entonces que el hombre a pesar de estar dotado de este Poder ideal, descienda a un nivel inferior y se presente más pequeño que aquello que es manifiestamente inferior a su real estado! Dios ha creado dentro de él un espíritu tan consciente que lo hace el más maravilloso de los seres. Ignorando estos atributos desciende al plano positivista y utilitario, dando la sensación de considerar la materia como el eje de la existencia y, de esta suerte, aparece negando cuanto descansa en el más allá.

¿Es ésta una virtud? En el sentido exacto y completo, esto es animalidad, porque el animal no puede imaginar. En efecto, desde este punto de vista, el animal resultaría el más grande de los filósofos, porque está íntegramente ajeno al Reino de Dios y no posee susceptibilidades espirituales y no está informado del mundo celestial. Brevemente éste es el sendero de la naturaleza.

El segundo Sendero es el de la Religión, el Camino del Reino de Dios. El inspira la adquisición de dignos atributos, de la iluminación celestial y de las acciones rectas en el mundo de la humanidad.

Este Sendero es conducente al progreso y elevación del mundo. Es la fuente de la iluminación humana, de su perfeccionamiento y de sus mejores éticas, es el imán que atrae el amor de Dios, porque estos son dones que se derivan del Conocimiento de Dios. Éste es el camino de las Santas Manifestaciones de Dios, porque Ellas son, en realidad, el fundamento de la unidad de las Religiones divinas. No hay cambio o transformación en este Sendero. Es la causa del mejoramiento humano, la adquisición de virtudes celestiales y la iluminación de la humanidad.

¡Ay de Mí! La humanidad está completamente sumergida en imitaciones y falsedades, a pesar de que la Verdad de la Religión divina siempre ha sido la misma. Las supersticiones han obscurecido la Realidad fundamental; el mundo está en tinieblas y la luz de la Religión no es perceptible. Esta obscuridad conduce a diferencias y disensiones; los ritos y dogmas son muchos y variados; es así que la discordia se ha levantado entre los sistemas religiosos sin que se comprenda que la Religión es el medio para la unificación de la humanidad. La verdadera Religión es la fuente del Amor y del entendimiento entre los humanos, la causa de desarrollo de dignas cualidades; pero los pueblos están sosteniendo falsificaciones e imitaciones ajenas a la Realidad que unifica; por ello están privados y desprovistos de la radiación sublime de la verdadera Religión. Ellos siguen supersticiones heredadas de sus padres o de sus predecesores. Esto ha prevalecido a tal extremo que han quitado la luz celestial de la Verdad Divina y

se han sentado en la obscuridad de las imitaciones e imaginaciones. Aquello que significaba la conducción hacia la vida se ha convertido en causa de muerte; aquello que era un factor en la sublimidad de la naturaleza humana ha llegado a ser su degradación. Es así que el reino de la religiosidad se ha estrechado y oscurecido gradualmente y la esfera del materialismo se ha ensanchado y avanzado; porque los religiosos se han adherido a imitaciones y falsificaciones, olvidando y descartando la divina y sagrada Realidad de la Religión. Cuando el sol se pone es el tiempo en el cual comienzan los murciélagos a volar. Ellos se muestran porque son criaturas de la noche. La decadencia de la Religión es su tiempo de actividad; buscan las sombras que oscurecen el mundo y se guarecen en las nubes extendidas sobre él.

'Abdu'l-Bahá, Fundamentos de Unidad Mundial, p. 117
